



EL MONASTERIO DE EL ESCORIAL Y EL TEMPLO DE SALOMÓN.

El Escorial esotérico

En la década de los años setenta del pasado siglo, el hispanista inglés René Taylor publicó su obra "*Arquitectura y magia*", en la que sostiene que existió una "*arquitectura mágica*" en la época de la construcción del Monasterio, asociada al uso de formas geométricas puras y a la velada y ominosa presencia del espíritu del rey Salomón, gran maestro de la cábala al que masones y otras sociedades, más o menos secretas, reconocen como primer maestro del ocultismo.

Encuentra que en los frescos de la Biblioteca y el coro perviven significados ocultos, por ejemplo, en el famoso cubo de la bóveda que cubre el coro alto, obra de Luca Cambiaso, en el que ve extrañas geometrías herméticas y radicales interpretaciones de las ideas del filósofo mallorquín Ramón Llull.

A todo esto, se añaden las interpretaciones sobre la acumulación de reliquias en el Monasterio como prueba de la intención de establecer en el edificio un "*axis mundo*", un centro telúrico de energías y geometrías místicas.

El autor considera muy probable que Felipe II conociera y protegiera las actividades del arquitecto, con lo que añade una nueva faceta en la construcción de la "leyenda negra" sobre el monarca.

Tampoco el arquitecto Juan de Herrera se libra, pues le considera un hombre versado en matemáticas, arquitectura, astronomía, coleccionista de piedras talismánicas, experto lulista y poseedor de una biblioteca en la que sobresalían obras de escritores herméticos, alquímicos, cabalísticos y de astrología.

Planteada la polémica en estos términos, se trata de forzar a que quien encuentre que existen en el edificio claras referencias al rey sabio tenga que aceptar correlativamente las intenciones mágicas en su construcción, mientras que quien las niegue tenga que esforzarse en desmentir la relación del edificio con el Templo de Jerusalén.

Mi intención, es tratar de incidir en que, efectivamente, se puede aceptar que el Templo de Salomón está en la traza original del edificio, incluso en su concepción inicial sin que, de este hecho, se siga la intención de reconstruir el Templo ni ningún otro tipo de heterodoxia, ocultismo ni herejía.

Pero vayamos por partes y examinemos cada uno de los elementos que intervienen en el planteamiento de Taylor: el rey que impulsa el proyecto, Felipe II, el edificio en sí y el arquitecto que culmina su construcción, Juan de Herrera

Felipe II y el Monasterio de El Escorial.

Como punto de partida, hay que señalar que la formación del príncipe fue encargada por su padre a ilustres humanistas seguidores de Erasmo de Rotterdam: Juan Martínez Silíceo y Juan de Zúñiga y el doctor Busto. Posteriormente, Silíceo fue sustituido por Calvete de la Estrella, quien fue el responsable de formar la primera biblioteca personal del príncipe. Recibió también formación en matemáticas, arte y arquitectura; por las que conservó el interés el resto de su vida; geografía y, por supuesto lenguas, aunque en este último aspecto quedó constancia de sus dificultades con el latín, lengua de uso diplomático entonces, y sus relativos avances en el francés, portugués e italiano.

De lo hasta aquí expuesto, se desprende que por su preparación, Felipe II fue sin duda uno de los monarcas más cultos de su tiempo y de nuestra historia, no un gran intelectual o erudito,

pero sí con la formación suficiente como para desarrollar una gran curiosidad en variados campos como las artes, arquitectura o matemáticas y a quien se debe la creación de instituciones dirigidas a fomentar el saber, como el Archivo de Simancas, la fundación de la Academia de Matemáticas o su gran Biblioteca, compuesta por más de 10.000 volúmenes que cede a la Orden Jerónima e instala en El Escorial, en la que se cuenta con todo tipo de obras sobre los más variados temas, incluidos los prohibidos expresamente por la Inquisición, así como la más extensa colección de textos en árabe sobre poesía, religión y ciencia. La clasificación y organización de la Biblioteca la realizaron Benito Arias Montano y el padre Sigüenza, más tarde acusados de judaizantes por la Inquisición.

En el ámbito religioso, su conocimiento de los textos bíblicos no era menor y tanto de éstos como de la orientación erasmista de sus maestros, extrajo su valoración de la figura del rey sabio como generador de ejemplo de actuación.

Su interés por esta figura se fragua también por el ambiente en el que transcurre toda su infancia y juventud, en el que se compara continuamente a su propio padre con el rey David, con la lógica consecuencia de que se compare a su hijo con Salomón, el rey prudente.

Por otra parte, durante su estancia en los Países Bajos para ser jurado como heredero por sus Cortes durante el denominado “El felicísimo viaje” por Italia, Alemania y los Países Bajos, que realizó entre 1548 y 1551, se vivió un ambiente denominado «biblismo», expresión con la que se define una manera de actuar en la que tiene su importancia la figura del rey Salomón como modelo de gobernantes.

Por supuesto, en la descripción del ambiente previo a la decisión de construir el Monasterio, hay que resaltar que el joven rey recibe de su Padre, junto con las coronas de las que abdica, el liderazgo de la Contrarreforma en la confrontación religiosa que se estaba desarrollando y, por consiguiente, es el depositario de la “sagrada” misión dinástica de mantener la unidad de los territorios junto con la unidad en la fe.

Con todos estos antecedentes, hay que entender que las razones del monarca para erigir el Monasterio y el Templo fueron múltiples, de modo que junto a la de conmemorar la victoria de San Quintín en el día de San Lorenzo, tal como se expresa en la carta de fundación del monasterio otorgada por Felipe II en 1567, hay que añadir el interés político y religioso que tiene resaltar, en contra de lo argumentado por los protestantes, que la intermediación de los santos en propiciar el favor divino tiene efectos prácticos.

En el orden material para acometer la construcción, hay que considerar que, hasta entonces, estaba previsto que el panteón de la catedral de Granada, donde descansan los restos de los reyes católicos, acogiera también los de su nieto Carlos V, y que el 2 de julio de 1557, después de la abdicación del emperador, Felipe II hizo testamento disponiendo que también él fuera enterrado en la catedral.

No obstante, el 7 de septiembre de 1558 Carlos V modifica su testamento y dispone que se le entierre en un edificio de nueva fundación que se había de construir al efecto. Las razones del cambio no han sido explicitadas, pero es claro que la catedral de Granada no tiene suficiente espacio, sobre todo si se piensa en términos de dinastía, una dinastía nueva, que se siente depositaria de la misión de unir la iglesia y que, ya desde 1516, Erasmo de Rotterdam había advertido a Carlos V (*Institutio Principe*), que si guerreaba como David no podría construir el Templo de Dios (unir la iglesia), que debería realizar su hijo.

En este punto, conviene aclarar que las alusiones a reconstruir el Templo de Salomón no tienen nunca un sentido literal, ni mucho menos hermético como se ha tratado de interpretar. Para los humanistas del siglo XVI era claro el ejemplo bíblico: los reinos divididos de Israel y Judá, en los que se adoraba al mismo Dios de maneras diferentes -en el Arca de la Alianza de Israel y en el monte Sión en Judá- fueron unificados por la actividad guerrera de David, pero esta misma actividad le impidió ser el elegido por Dios para edificar su **Domus Dei**, la casa en la que el mismo Dios habitara **realmente** entre su pueblo.

La idea tiene su importancia si recordamos que otra de las disputas teológicas manifestadas por la Reforma era precisamente negar la presencia **real** de Dios en la eucaristía consagrada en los templos, a lo que daban un valor meramente simbólico.

Entiéndase bien, no se está defendiendo que Felipe II pretendiera evocar o recrear el Templo de Jerusalén, simplemente que la imagen del Templo está presente en la idea generativa del proyecto y en su resultado final, del mismo modo que la austeridad castellana, el clasicismo italiano y la esbeltez de los techados flamencos. Aunque, naturalmente, nunca debe perderse de vista que, al margen de materializaciones bíblicas, es también un objeto arquitectónico que debía construirse respondiendo a un programa de necesidades, amplio y cambiante a veces.

El Escorial y el Templo de Salomón

En la ciudad de Jerusalén, han existido dos Templos que fueron construidos con más de diez siglos de diferencia, a los que se añade un tercer proyecto, revelado por Dios en un sueño al profeta Ezequiel durante el exilio de los judíos en Babilonia, que nunca llegó a verse realizado.

El primero de los templos, es el que construyó efectivamente el rey Salomón y para el que Dios había dado los planos y medidas a su padre, el rey David.

En la Biblia sólo se especifican claramente las medidas del Sancta Sanctorum, donde se guardaba el Arca de la Alianza, 20 codos de largo por 20 de ancho, que es el módulo que se repite en la descripción de otros elementos.

Otra característica importante es que, se dice, que el Templo estaba totalmente construido en piedra, cosa que también sucede con El Escorial ya que incluso la pizarra de los techados es efectivamente una forma de piedra.

También se sugiere, en las crónicas de la construcción escritas por el padre Sigüenza, que la idea de Herrera de labrar las piedras en la misma cantera, se basa en el ejemplo de Salomón al construir su templo que, según la Biblia, se hacía para alejar el ruido de los martillos del lugar sagrado, aunque también se pueden tomar en consideración algunas razones de orden más práctico, como el ahorro de tiempo y costes, en esta decisión.

El Templo de Salomón fue destruido por el imperio babilónico y los judíos deportados a su capital. Diez siglos más tarde el rey Herodes trató de congraciarse con el pueblo judío reconstruyendo el Templo, aunque introduciendo en el mismo algunos elementos clásicos romanos, cosa que éstos no le perdonaron nunca.

Este Templo es al que hacen referencia los Evangelios, el que conoció Jesús y el que destruyeron las legiones romanas de Tito en el año 70 D.C. por lo que, para conocer sus medidas y distribución, hay que acudir al relato de Flavio Josefo “Las Guerras de los Judíos”, en el que se detalla que el Santuario Interior tenía un formato cuadrado de 20X20 codos, inscrito en un cuadrado de 100x100 codos y enmarcado en un edificio exterior claramente

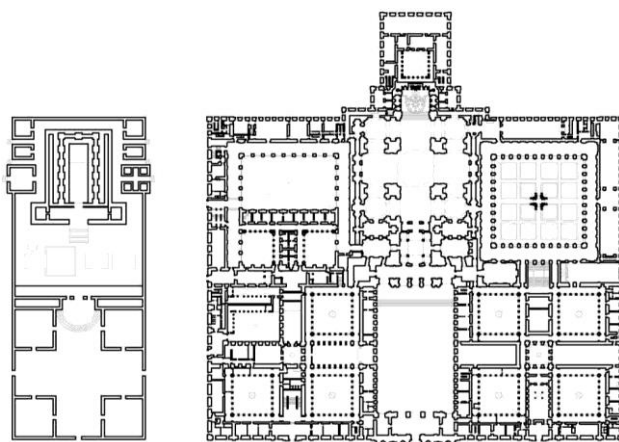
rectangular de 140x300 codos incluyendo los muros, con la parte inferior algo más baja, por lo que quedaba con dos niveles diferentes de cornisa.

La relación entre el codo bíblico y el sistema de medición utilizado en la época (pie castellano) fue establecida por el arquitecto Juan Rafael de la Cuadra Blanco, en su obra "El Escorial y El Templo de Salomón" (2015), de manera que el módulo de 20 codos serían 38,75 pies.

Contando con estos datos podemos seguir la descripción del Templo de Jerusalén de Flavio Josefo "...el edificio exterior estaba dividido en patios: el superior, cuadrado, donde sólo accedían los sacerdotes; una franja intermedia para los israelitas y el atrio exterior, con cuatro patios cuadrados para los utensilios del Sacrificio de los animales». Y todo ello enmarcado por seis torres, cuatro en las esquinas y dos en medio de los muros norte y sur".

Las crónicas del padre Sigüenza nos dicen que: "dividió el arquitecto Juan Bautista el cuadro o cuadrángulo en tres partes principales; la del medio quedó para el templo y entrada general. El lado que mira al Mediodía dividió en cinco claustros, uno grande y cuatro pequeños, que juntos fuesen tanto como el grande", esquema que se repite para el Palacio.

Tomando ambas descripciones, podemos comparar los esquemas del Templo de Salomón - el de la izquierda, y el Real sitio a la derecha- en los que no es difícil comprobar la total



semejanza de los esquemas arquitectónicos, donde el "cuadro" escorialense se basa en la duplicación del edificio del Templo de Herodes dejando el santuario en medio, de modo que el rectángulo total mediría 380X300 codos (equivalentes a 736,25 y 581,25 pies), lo que coincide con el primer replanteo de la obra, en el que las medidas que se delimitaron sobre el terreno fueron 735 X 580 pies.

Es más, en el diseño original del arquitecto Juan Bautista de Toledo, se preveían doce torres y diferentes alturas de cornisa en la fachada sur, siguiendo a Flavio Josefo, con dos fachadas gemelas al oeste separadas por un patio de acceso a la Basílica que quedaría en un plano más atrasado.

No obstante, como se ha dicho, el programa de construcción sufrió modificaciones sucesivas para atender a necesidades funcionales del edificio que eran cambiantes: el número inicial de monjes que iban a atender las necesidades de la Basílica-Panteón familiar, eran cincuenta y, sin embargo, pronto su número fue duplicado por Felipe II, añadiendo además la necesidad de crear un colegio, auténtica cantera de monjes y ubicar en el Monasterio la ingente biblioteca acumulada por el monarca.

El Escorial y el arquitecto Juan de Herrera

Las necesidades de espacio derivadas de esta evolución funcional, fueron resueltas por Juan de Herrera, el nuevo arquitecto real nombrado a raíz de la muerte de Juan Bautista de Toledo, elevando el perfil de la fachada sur, eliminando las torres centrales, modificando la Basílica, sacando el Palacio Privado del cuadro general y, sobre todo, cerrando el cuadro con la Biblioteca, creando una gran puerta central que reproduce escenográficamente la portada de la Basílica. Así, la idea del Monasterio quedó finalmente reformulada por el hábil Herrera en una potente imagen cerrada, mucho más coherente con las ideas del Renacimiento en las que fue concebida y con la prestancia, deliberadamente buscada, de las figuras sólidas relacionadas con la figura cúbica señalada por Taylor sólo que, dado que no debía cumplir una función mágica, resulta que el edificio no tendrá un cuadrado por base ni su altura será igual a las dimensiones de los lados. Simplemente es una idea, utilizada con ingenio como generatriz, con la que se consigue lo que se propone el autor, pues llega a ofrecer un resultado armónico e imponente.

Pero donde brilla especialmente el ingenio y habilidad desarrollados por Juan de Herrera es en el ámbito más propio de la ingeniería civil del proyecto, organizando la obra de manera que los sillares, tallados ya en la cantera, se trasladaran a la fábrica para su directa colocación buscando así obtener rapidez y perfección.

Sin embargo, al tratarse de soluciones que debieron implementarse sobre un edificio cuya construcción se encontraba muy avanzada, la perfección resultó imposible de mantener pues, como es observable directamente, hubo necesidad de igualar alturas en distintas hiladas horizontales disponiendo arcos suplementarios, en algunos casos o, en otras ocasiones, hiladas notablemente más altas que otras.

También son perceptibles, en la fachada sur del edificio, rastros visibles de las torres suprimidas en el centro del lienzo, así como antepechos de ventanas, que parecen compuestos por hiladas de cantería y que son en realidad piezas de un solo bloque, con juntas horizontales (e incluso verticales) falsas, talladas sobre la gran pieza y rejuntadas para igualarlas con las reales, rejuntado que, como es lógico, en muchos lugares no se conserva, haciendo evidente la trampa.

Especial mención merece, dentro de las soluciones adaptativas diseñadas por Herrera, el alarde de equilibrio y resistencia que supone el uso de bóvedas planas de cantería, por ejemplo, en el sotacoro de la Basílica, donde no se podía ganar espacio de otra manera y donde era importante obtenerlo para poder albergar el mayor número de frailes que ocuparían el coro, debido al cambio de programa de construcción decidido por el rey al que hemos aludido anteriormente.

Al respecto, y para terminar la semblanza de la figura del arquitecto, viene a propósito relatar la leyenda; más bella que confirmada; en la que se cuenta que la evanescente bóveda resultaba tan llamativa que cuando el nuncio papal acudió a la consagración de la iglesia, el propio rey exigió a Herrera asegurar la bóveda con una columna central adicional, para evitar el riesgo de un derrumbe. Cuando, años más tarde, atendiendo a los ruegos del arquitecto el rey accedió a que se retirara la columna, Herrera pidió la orden por escrito y, con la hoja en la que se le daba, pasó el papel entre la columna y la bóveda para demostrar que nunca hubo peligro de derrumbe con aquella solución.

Antonio Somodevilla García